

RELATO

SE TE HACE TARDE

SANTIAGO
DURANGO FLÓREZ*

* Es estudiante de noveno semestre de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Actualmente se desempeña como empleado judicial ante la Rama Judicial de Colombia. "Se te hace tarde" (2020) es su primer relato corto. Correo: santiagodurangoflorez@gmail.com

Ella pasó por su cabello anaranjado sus delicadas manos mientras, a su vez, me hacía un ademán para recibir el cigarrillo ya casi consumado por ambos, que minutos antes había hecho parte de la conclusión de nuestro íntimo encuentro. "Debes irte, se te hace tarde", sentenció como de costumbre mientras en mí se empezaba a formar la idea de que todo esto acabaría por fulminar con alguno de los dos, sino a los dos al tiempo; algo así como una fulminación concertada tácitamente. Al paso que me preguntaba '¿Para qué se me haría tarde?'

Lorena Cruzado era una mujer joven, jovial y enigmática. Era artista. Le encantaba pintar mujeres de espalda desnuda y de rostro enigmático, al óleo o en acuarela. Claramente era su propio

autorretrato. Gozaba de una indisciplina mental que le hacía disfrutar al máximo de la amplitud de la literatura. Era una ávida literata. Férrea defensora de escritores tan afrancesados como Cortázar, Proust y Flaubert; así como de otros tantos modernos como John Banville, Javier Marías y Ray Loriga.

En todo caso, Lorena era incontrolable. No guardaba sumisión ante nadie. Desde sus veintiún años había decidido vivir de sus pinturas y breves poemas que vendía a un precio más o menos módico que le permitía vivir con lo mínimo: comida, vino, pintura, libros y un techo donde resguardarse, pues no soportaba la idea de estar sometida a los valores comunes de la *'Familia de bien'*; aparte de que no toleraba en lo más mínimo a su maltratador padre.

Precisamente, por su historia es que era una defensora acérrima de las ideas contemporáneas del feminismo radical, pues siempre estuvo marcada por la subordinación marital que había tenido que enfrentar su madre hacia su padre hasta el momento de su muerte, originada por una depresión que, en últimas, terminó apagando su esplendor maternal. Nunca había perdonado esto a la vida y menos a su padre.

Su rostro, como todo su cuerpo, era del color de la pálida luna. Toda su piel estaba adornada por pequeños lunares color café y uno que otro rojizo. Su nariz era delicada: delgada y respingada. Sus ojos era una mezcla indescifrable entre un verde opaco y gris; y su cabello era abundante, liso y adornado por un naranja flameante que hacía ver a Lorena con un aire irreverente y angelical a su vez.

Conocí a Lorena en una librería ubicada en el centro de la ciudad. Llevaba una boina negra ladeada a la izquierda de su flamígera cabellera y en su boca refulgía un rojo carmesí que lograba persuadir a cualquier imbécil que se detuviera a detallar su sonrisa. Desde que estuve en la librería percibí su presencia, se hallaba en la cima de una escalera, de espaldas y sumergida en una búsqueda desesperada de algún libro.

Yo pasaba por la estantería de literatura latinoamericana cuando de golpe me cayó en mi cabeza un enorme libro de Bolaño (2666). Miré hacia arriba y ahí estaba, no con la habitual expresión de alguien aver-

gonzado por su torpeza, sino con la evidente sonrisa de una niña diestra en travesuras intencionadas. ‘Perdóname, es que no tolero a Bolaño, tal vez por eso se me zafó de mis manos’ –claramente lo había arrojado volitivamente–. Descendió de su cumbre dominante y me paralizó con sus palabras: ‘Nunca se pueden desperdiciar las coincidencias literarias. Un placer, Lorena Cruzado’. No sabía en qué sentido interpretar la primera parte de su oración, pero desde ese preciso instante leí en sus ojos unas marcadas intenciones personales. ‘Un placer, Alejandro Espiral’, le dije.

De esta forma todo dio inicio. Luego de esto, recorrimos la librería y en una especie de disimulado cortejo, adulamos, criticamos y coincidimos sobre nuestros gustos literarios. Sus ojos tomaron un matiz especial cuando se enteró que era profesor de literatura; y de inmediato, tal vez persuadida por un gusto tan predecible por nuestros intereses, me convenció de tomar una copa de vino en la cómplice librería que había favorecido nuestro encuentro. Desde esto vaticiné que Lorena me habría de convencer de hacer lo que ella quisiera, su personalidad resultaba dominante ante cualquier hombre, doblegaba cualquier voluntad, moral o valor con sus encantos. Era una mujer culta, atrevida y presta a defender sus ideas ante cualquiera. La conversación se extendió de forma amena y natural hasta la media noche, momento en el cual el dueño de la librería nos manifestó con cortesía que debíamos abandonar el lugar. Lorena en ese instante cambió su semblante, me dijo ‘Gracias por la grata tertulia’, y se retiró sin darme tiempo siquiera de tener algún rastro futuro de ella (su teléfono, su dirección o acaso su horario de visitas a la librería). Simplemente se esfumó, como si se tratara de una simple visión creada por el éxtasis del entorno literario en el que me encontraba.

Los días posteriores se me hicieron insoportables. No me sacaba a Lorena Cruzado de mi mente, era una absoluta encrucijada. Dictaba mis clases torpemente, padecía desvelo, no lograba concentrarme a la hora de encarar un texto –y esto sí que me preocupaba–. Hasta que un día, tal y como muchos otros que se presentaron, la misma Lorena fue quien decidió repetir nuestro encuentro: me encontraba en la Universidad en clase de miércoles, a las ocho de la mañana, dictando un curso sobre “Li-

teratura y Mujeres”, y media hora después de comenzar mi presentación irrumpió en mi espacio académico Lorena, quien entró mirándome de soslayo con una sonrisa maliciosa adornada por un labial color purpura, y como un rayo paralizador, me obligó a detener mi discurso por lo menos diez segundos. Me desestabilizó rotundamente su presencia, siempre tan impredecible y encantadora. Se sentó en la parte trasera del auditorio y, como con ánimo de distraerme, hizo un uso indelicado de su falda: abría y cerraba sus piernas conscientemente, era impúdica; disfrutaba mis torpezas suscitadas por cuenta de visualizar su sexo oculto; resguardaba su rostro con su bufanda para no estallar en carcajadas, mientras que disfrutaba como perdía el hilo del discurso y mis alumnos ya empezaban a mirarme con gestos de reproche alimentados por su juvenil soberbia, pues ya no sabía si me encontraba hablando de Simone de Beauvoir en su obra *El Segundo Sexo* o del *Influjo del cuerpo femenino en las estructuras literarias de Bukowski*. En todo caso, no sé cómo logré salir adelante en la presentación con la simultánea participación maliciosa de Lorena desde la parte posterior del auditorio. Lo cierto es que luego de la culminación de mi presentación ambos nos miramos con complicidad y estallamos en risas sin saber por qué. En definitiva, Lorena era sublime y yo estaba abstraído en su imagen.

Pasado todo esto, fuimos a almorzar a un restaurante conocido por mí que se ubicaba a unas cuantas cuadras de la Universidad. Disfrutamos de unas exquisitas pastas con vino; y luego, como si fuera algo ensayado, Lorena me dijo: “Mira, Alejandro, me encantas. No me preguntes por qué, es absurdo recabar en eso. Lo cierto es que te quiero sólo para mí, quiero que sólo tú me veas pintar, quiero que sólo entre los dos podamos tratar la vida literariamente. No me importa a qué costo. Te quiero en mí y para mí”. De inmediato me sentí absorto ante Lorena e inevitablemente tuve que tomar de un tajo el resto de vino que me quedaba en la copa. Sus palabras eran lanzas romanas arrojadas sobre mí, sin tacto. No tenía tiempo de reacción ante ella. Ante mi silenciosa reacción, Lorena me arrojó una sonrisa y me dijo: “Mira, no tienes que decirme nada. Tú y yo sabemos que las mejores respuestas en estas cuestiones resulta ser la oca-

sión solitaria, allí la respuesta brotará de ambos”. Siempre me cuestioné lo hábil que era con las palabras, era claro que conocía de su utilidad y por eso se servía de ellas para sus cometidos. Dicho esto, y con auxilio de mi cómplice aquiescencia, terminamos en su particular apartamento.

Recibí la imagen de su apartamento como un complemento a lo poco que conocía de Lorena, ya que los entornos personales siempre nos hablan más de las personas de lo que normalmente creemos. Así que con agudeza detallé cada rincón de la casa de Lorena. Era un lugar modesto, pequeño y agradable: tenía un pequeño comedor compuesto por dos sillas; un enorme y único mueble bizarro color verde esmeralda; tenía muchas plantas alrededor de la sala y en su terraza que daba vista a la avenida principal que unía el centro de la ciudad con el sur. Lo predecible y a la vez característico era la cantidad de libros que resguardaba. Pululaban en cada rincón del apartamento, minuciosamente organizados por temáticas: destacaban dos bibliotecas exclusivas de autores latinoamericanos; y en otra sobresalían tratados sobre el arte y sus distintas técnicas de diferentes autores expertos en la materia. El apartamento tenía sólo dos habitaciones: una angosta y modesta compuesta por una cama amplia y organizada; mientras que la habitación más amplia estaba destinada a su estudio, pues allí tenía su caballete montado y en él un bosquejo de una mujer trazada en lápiz, cuya espalda sobresalía de su perfecta silueta, adornada con dos detallados agujeros en la parte inferior de la cintura. Aún estaba a medio comenzar la obra. En el estudio se podía apreciar otros cuadros, pero lo que más me llamó la atención fue su denominador común: *todos sus cuadros estaban compuestos por mujeres dando la espalda*; unas vestidas, otras desnudas, otras mirando de reojo hacia atrás, algunas con sombrero y sólo una de sus obras contenía una mujer con máscara metalizada, cuyo perfil resultaba el más estético ante todas las demás. Con atrevimiento le pregunté: ‘¿Por qué sólo pintas mujeres dando la espalda?’ Su mirada apuntó al suelo, guardó silencio y sólo me dijo con tono evasivo ‘Me gustan las espaldas femeninas. Nos vemos más bellas desde esta óptica’. Pasado esto, nos sentamos en su sala. Me avasalló, pues no esperó preámbulo alguno y se sentó con sus piernas

tan abiertas sobre mí y me sostuvo su mirada por diez segundos, y me dijo: 'Ni creas que verás de mí más que mi espalda'. De inmediato me sentí aún más confundido de lo que estaba, aunque me gustaba, pues no veía con claridad sus intenciones y le inquirí con donjuanismo: '¿Acaso no estoy viendo ahora más que tu espalda?' No me respondió. Nos besamos con pasión y entrega, despojamos nuestras aparentadas ropas y nos diluimos en una sola sustancia, en donde predominaron las caricias, las miradas sostenidas aparejadas en un solo respiro, una sola lucha. Amalgama de apretones, empujones, uñas hincadas sobre la piel. Estallidos de emociones, complemento y anhelo de eternidad. Era el paraíso pintado y protagonizado por Lorena, quien luego de que culmináramos en un solo grito, en un solo éxtasis, se posó sobre mi pecho y me dijo: 'Cuéntame ahora mis lunares. Si el resultado es par, te quedas esta noche conmigo. Si es impar, igual nos quedamos'. Subyugado de placer, proseguí entre risas junto a ella a deleitarme en su blanca piel de porcelana y contar así cada una de sus innumerables pecas, manchas, lunares, todas dotadas de una perfección diametral indescriptible; y así, contado confundiblemente su último lunar en la cúspide de su espalda junto a su nuca, caímos en un profundo sueño en su lecho: ya extasiados; ya tan humanos luego de habernos parecido tanto a dioses, tan eternos e inmortales; ya tan aclaradas las respuestas a las punzantes afirmaciones de Lorena Cruzado.

Abiertos los ojos por cuenta del primer rayo de luz en mi rostro, advertí que Lorena estaba aún dormida. Me sentía en la cima. En un ensueño. En la conquista alcanzada, sin saber que en muchas ocasiones los triunfos pueden representar nuestra mayor perdición sin darnos por enterados. Me levanté y me dispuse a preparar algo antes de que Lorena despertara. Mientras me ocupaba de esto apareció por el pasillo Lorena y lacónica encendió un cigarrillo y se dirigió a su terraza. Parecía de mal-humor, y a pesar de esto nos sentamos a desayunar, ahora tan distantes, pues Lorena despedía una vibra irreconocible para mí, creaba una barricada entre ambos con su actitud. A riesgo de romper el silencio con una tontería le dije: ¿Qué tal te ha parecido lo que preparé? Y sólo sonrió con desgana; entonces proseguí a realizar la pregunta que tanto nos sacrifica:

¿Qué te ocurre? Y creo que con esto entendí lo que realmente era Lorena en el fondo: una mujer intrépida que no toleraba ningún tipo de inquisición en su contra; ninguna clase de control de humor o de interrogación sobre su ser; era indomable por el amor, actuaba a la defensiva ante las muestras de afecto, pues me bastó con detenerme en sus palabras: Déjame tranquila, ¿acaso no se te está haciendo tarde? Para comprender que me encontraba atado, ensordecido por una mujer sedienta de libertad. Con mi orgullo herido detuve de inmediato mi desayuno y pasé a vestirme lo más rápido posible y salir de aquel lugar. Justo al pasar por el estudio, el mismo lienzo que había visto ayer se encontraba ahora más detallado con las curvas de aquella espalda tan bien dibujada, como si entre el tiempo de mi estancia aquella mujer esbozada hubiera tomado más tonalidad y presencia sobre el papel tan blanco. Salí de inmediato sin reparar en dónde se encontraba Lorena adentro de su diminuto aposento de libros, plantas y espaldas femeninas. Abrí la puerta y descendí rápido por las escaleras y, al salir por la puerta del edificio, nuevamente caí en la cuenta de que no tenía forma de contactar a Lorena, siempre era latente mi dependencia por saber de ella. Sin embargo, salí sin mirar atrás, considerando, bajo una sensación de pena, no volver a ver a Lorena.

El caso es que esta historia fue repetida en varias oportunidades. Lorena siempre encontraba la forma de ubicarme: en clases de la universidad (nuevamente con su juego de falda y sus sonrisas malas); en la librería donde nos conocimos; en cafés propicios para las extendidas conversaciones sobre diferentes temas. En fin, siempre Lorena determinaba cuándo vernos y cuándo era preciso propiciar ofrecirme su blanca espalda en las noches que concluían con sueños y duermevelas en donde me figuraba a Lorena usándome como su pincel para delinear en lienzos a sus mujeres de espalda tan blanca y fina como la de ella. Donde por ocasiones no lograba dormir tranquilo por la sospecha latente de que en cualquier momento Lorena se levantara entre el conticinio al encuentro con sus adoradas espaldas, tan enigmáticas como su propia creadora. Lo extraño es que a pesar de todo este vértigo que provocaba Lorena en mí, los momentos de vino; intimidad, besos y consolación de atardeceres,

resultaban tan imprescindibles en mi vida que el hecho de que terminarían representaba un absoluto duelo para mí, una pérdida, pues cada minuto con Lorena era encontrarla más lejos cada vez, gota por gota, silenciosamente. Se consumía ante mis ojos por cuenta del tiempo; y esto creaba un absoluto estruendo en mí.

Lo cierto es que, luego de que me ofreciera aquel cigarrillo, ya casi agotado y consumido como mi orgullo varonil y me recalcará nuevamente sus aniquiladoras palabras: Debes irte, se te hace tarde, ya esta vez de forma sentenciadora y no interrogativa, comprendí que mi destino no podía continuar al lado de Lorena. No soportaba más sus intermitencias, su distante cariño y desapego. Sabía perfectamente que Lorena no me podía ofrecer esto, su espíritu no admitía ese tipo de aprehensiones, ella debía ser en todo caso guardiana de sí misma y sus libertades, y por esa razón desde su interior constantemente se presentaba una pugna entre sus leves instantes de sosiego por cuenta del amor y sus pétreos principios que no le permitían doblegarse ante ningún hombre. Fue allí precisamente cuando entendí que mi marcha debía de ser completa, a fuerza de terminar lastimado incluso. Así, dicho esto por ella como en otras ocasiones más, me dispuse nuevamente a recoger mi dignidad tan oculta entre mis ropas tendidas en el piso; nuevamente avanzando por el estrecho pasillo pasé por su estudio y, por un reflejo incomprensible que aun no me explico cómo pudo pasar, aprecié con el rabillo de mi ojo izquierdo que la mujer que habitaba en el lienzo de espaldas ahora se encontraba de frente, tan desnuda, impúdica, retadora y abierta a ser interrogada que no pude contener la mezcla de sensaciones que aquella imagen generó en mí, por lo que de inmediato me vi obligado a abandonar con largas zancadas el apartamento en donde tantas veces fui feliz con Lorena Cruzado.

Después de esto me vi en la obligación de dar un vuelco a mi vida. Cambié mis clases de universidad por un empleo como editor que una destacada editorial me ofreció. Contaría con un salario más elevado y me limitaría a indicar los errores de estilo en los que en escasas ocasiones caían algunos escritores adscritos a la editorial. Dejé de recurrir los

mismos cafés del centro de la ciudad y me dispuse a encontrar una nueva librería a la cual recurrir para hallar los libros que deseaba leer. Todo esto en función de una sola persona: Lorena Cruzado. Todo por no cruzarme con la señorita Cruzado.

Decidí darme la oportunidad de conocer a alguien más y ya habían pasado alrededor de ocho meses en los que no veía a Lorena ni sabía de su existencia, y aún a pesar de su ausencia su estela era indeleble.

Tiempo después, ya *ad portas* de establecer un compromiso formal con mi nueva compañera –a quien había conocido en un simposio literario– recibí un correo electrónico anónimo que titulaba ‘A la espalda de tu vida estaré’. Lo abrí y me encontré con la imagen de un cuadro que, inconfundiblemente, era de autoría de Lorena. Sentí miedo y a la vez emoción, miedo tal vez por verme nuevamente sometido a una nueva hazaña de encuentros y emoción por saber de nuevo sobre Lorena. El cuadro contenía una mujer, cuya abundante cabellera anaranjada se encontraba del lado de sus pechos, exhibía su espalda tan blanca, lánguida y marcada por la rectitud de su columna; y de perfil se podían entrever las facciones detalladas de Lorena. Sin duda era ella. Lo particular es que la foto del cuadro me permitió percatarme de dos detalles: el primero, era que el cuadro se hallaba en el Teatro Central de la Ciudad y se encontraba en subasta; y lo segundo es que, en la parte inferior derecha del lienzo, justo a un lado de la pálida espalda, se hallaba escrito un solo texto que no me resultaba legible por la distancia en la que se había tomado la foto del cuadro. De inmediato sentí una fuerza interna, una necesidad de obtener ese cuadro. De tener algo de Lorena en mí esfera más personal. No toleraba verla ahí tan expuesta y exhibida.

Dominado por este impulso me dispuse a dirigirme al Teatro Central de la Ciudad, junto a Lina, mi nueva compañera (como un niño que tiene miedo de ser raptado). Hallé el cuadro, el mismo estaba siendo vendido por una suma mínima de dinero. Me sentí ofendido, era como ver a Lorena, tan sublime y valiosa rebajada a un valor tan nimio que sentí ira. Luego, al leer con detalle el texto que me había intrigado quedé de una sola pieza, era Lorena hablándome a mí, con ira y atrevimiento.

Marcando con cada palabra su impotencia por no tenerme para ella. En el texto, literalmente me decía: “Mira en el cobarde que te has convertido. Me resultas desconocido. Ahora eres un hombre de formas, modales y convencional. No sé en donde ha quedado tu ‘Contigo’ tan sabinero, tu niño bueno de Cortázar que no le temía a desatar sus zapatos ante la ciudad y dejar que esta le mordiera los pies; a embriagarse y no temer cometer faltas de estilo; a no usar ni una camisa planchada; a llegar a deshora a los cines; a decir no a quien pedía un asiento en el transporte; a ser capaz de adentrarse en una fuente y traerme un pescadito rojo con manchitas blancas aun a pesar de la rabia que despedían las niñeras y las gentes de bien. En qué clase de hombre aburrido y acartonado te has convertido. Vete de mí. No te quiero”. A todo esto, reaccioné comprando el cuadro sólo para mí. Sentía que esta sería la última ‘Se te hace tarde’ de Lorena.

Años después de esto, Lorena continuó escribiendo a mi correo aun a pesar de no obtener respuesta alguna de mi parte. Era meticulosa con sus tiempos, oscilaba su aparición epistolar entre cada nueve y diez meses. La última carta que recibí me desgarró por dentro, vaticinaba su muerte: “Alejandro, me han diagnosticado leucemia, me deshago lentamente”, sólo escribió esto. Lorena, a pesar de los años ya pasados, continuaba marcando en mí sensaciones inefables, por lo que me dispuse a responderle después de tantos años sólo con el fin de obtener información de dónde se encontraba. Al cabo de una hora recibí su respuesta: “Habitación 2190. Hospital Central”. De inmediato me dirigí allí. Mientras subía en el ascensor hasta el vigésimo primer nivel, recordaba cada detalle de Lorena veinte años atrás, no sería fácil verla de nuevo. Llegué a su habitación, estaba completamente sola, Lorena siempre había sido una mujer bastante solitaria, sin familia, sin amigos de verdad, sólo sus libros y sus obras. Entré y hallé una imagen desoladora: era como ver una rosa marchitada, Lorena me resultaba irreconocible. Se encontraba consumida en sus quebrantos. Eché a llorar. Luego, más tranquilo, hablamos de nuestras vidas y en todo momento Lorena sólo se mofó de lo que denominaba ‘ataduras impuestas por la vida’. Sin embargo, luego de todo esto, Lorena me dijo con desaire: De lo único que me arrepiento en

realidad es de no haberte valorado y retenido con amor. Fui una malagradecida contigo. Después de esto presencié cómo se apagaba aún más su aura, parecía como si de Lorena no quedara más que su apagado cabello anaranjado; y así, como advirtiendo la proximidad de una tragedia, me retuvo fuertemente con su mano y me dijo: Alejandro, sólo te pido que no me des tu espalda. Quédate aquí más tiempo. Prometo ofrecerte todo lo que soy. Minutos después, Lorena murió. Dormida, ya apacible, sentí un alivio, por fin Lorena me retuvo, pues esta vez fue a ella a quien se le hizo tarde.